

Muerte de una librera

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Citas textuales de *A History of British Serial Killer*,
de David Wilson (Sphere, 2020), en pág. 9;
de *Éramos unos niños* (Lumen, 2010), en pág. 310;
de *The Night Stalker: The Disturbing Life and Chilling Crimes of Richard Ramirez* (Citadel Press, 2016), en págs. 97, 225 y 233.

Título original: *Death of a Bookseller*

En cubierta: fotografía © Sara Del Valle Lucena Rodríguez

/ Dreamstime.com

© Alice Slater, 2024

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-33-9

Depósito legal: M-13.052-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Alice Slater

MUERTE DE UNA LIBRERA

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para mi padre, Nick

«Existe una atracción por lo repulsivo».

DAVID WILSON,
A History of British Serial Killing

Prólogo

Laura Bunting. Su nombre era sinónimo de fiestas en el jardín, Wimbledon y bodas reales. De té anticuados, espíritu de bombardeos y baratijas a la venta en luminosos salones parroquiales. De competiciones de tiro al pato, concursos de repostería y de adivina cuánto pesa el puto pastel.

Piel pálida, pelo rubio por encima de los hombros, ojos color avellana. Voluptuosa, alrededor de un metro sesenta y dos con zapato bajo. Un puñado de lunares color chocolate desperdigados por el pecho, el cuello y los brazos. Un *piercing* de plata en la aleta izquierda de la nariz, una cicatriz de otro viejo *piercing* en el lado derecho del labio inferior. Tatuajes trillados y desvaídos en brazos y pantorrillas: un ancla, una sirena y un capullo de rosa abierto. Un par de golondrinas con las alas desplegadas volando en picado hacia su corazón, una en cada hombro. Un ramillete de lavanda en el interior de la muñeca.

Laura, con sus vestidos de té *vintage*, sus boinas y su pintalabios carmesí. Tabaco de liar, y un intenso perfume de aceite de rosas.

Laura con su poesía.

Laura con su tragedia.

Ah, cómo adoraba el resto del equipo a su preciosa Laura. No había nada que ella no estuviera dispuesta a hacer, ninguna sección a la que no pudiera enfrentarse. ¿Empresa? Un placer. ¿Historia? Fácil. Incluso las tareas más aburridas resultaban agradables cuando Laura las hacía: despejar los carros, etiquetar cajas enteras de juguetitos, encontrar los libros más raros en los lineales.

Convertía el aspirado de los domingos por la mañana en un rápido y liviano vals por toda la librería, desconectando el aspirador para charlar y reírse al pasar junto a los demás librereros. Parecía que tenía algo de que hablar con todos, algún chiste privado o algún chascarrillo que compartir. Encajaba tan perfectamente que cualquiera habría pensado que había estado ausente durante mucho tiempo y la tienda al completo se alegraba de tenerla de vuelta.

Las dos teníamos una conexión especial, aunque ella era demasiado arrogante para admitirlo. Conmigo se limitaba a asentir con la cabeza, a hacer mohínes y a hablar lo mínimo sin disimular su expresión de disgusto. Desdeñaba todos mis intentos de confraternizar, sin mostrar ningún interés por lo que teníamos en común. De hecho, se pasaba nuestros turnos juntas ignorándome y siempre pasaba delante de la caja sin mirarme.

En plenas Navidades Laura Bunting ya no estaba. Y fue por mi culpa.

SEPTIEMBRE DE 2019

Roach

Las luces que coronan la cúpula del Brixton Academy resplandecían como los proyectiles de vómito de *El exorcista*. Eran poco más de las seis y los *normies* ya hacían cola formando una gruesa vena que serpenteaba rodeando la esquina y perdiéndose en la oscuridad, junto a contenedores industriales rebosantes, pilas de cajas de cartón aplastadas y charcos de pis que se derramaban lentamente en las alcantarillas.

Había grupos de tías charlando mientras se comprobaban el pintalabios en espejitos de mano y se hacían selfis sonriendo con mirada inexpresiva. Eran la clase de chicas que se emocionaban cuando el verano empezaba a dar paso al otoño, cuando Starbucks lanzaba su carta de temporada y llegaba el momento de llevar bufanda, medias y botas de cuero. En esa época las Spice Girls amantes de las calabazas adoraban los pódcast sobre crímenes reales. El crimen real estaba de moda y las amantes de las calabazas y el Starbucks adoraban aplaudir cualquier cosa extravagante y popular, ya fueran *drag queens*, Halloween o la astrología. Esa clase de chorradas.

Las Chicas del Crimen generaban una energía distinta a la de los conciertos de las bandas de metal que yo solía ir a ver al Brixton Academy, donde la concurrencia era más dura y ruda. Yo me sentía más a gusto rodeada de cazadoras de cuero gastadas y botas militares que de los vestidos de Zara y las bolsas bandoleras con logos de editoriales.

Me puse al final de la cola detrás de dos tías con pinta de estudiantes, chicas corrientes de pelo lacio y peinado autoconscientemente retro. Una llevaba una enorme camisa de

tartán y unas horribles gafas de estilo años ochenta que me recordaron a Jeffrey Dahmer, y la otra, una camiseta negra con una interminable frase serigrafiada en rosa con caligrafía de niñata de instituto que decía «Me pregunto si los asesinos en serie piensan en mí tanto como yo en ellos».

—Si el de hoy es sobre Ted Bundy —dijo la de las gafas a lo Jeffrey Dahmer—, me va a dar algo, joder.

—El de Ted Bundy ya lo hicieron —respondió su amiga—. Hará un par de años.

—Sí, pero desde entonces han pasado tantas cosas.

«¿Desde *cuándo* han pasado tantas cosas?», pensé cabreada. Ted Bundy estaba muerto. Había sido ejecutado en la silla eléctrica en el estado de Florida en 1989. Esas falsas fans no tenían ni idea de lo que hablaban. Resoplé desdeñosamente lo bastante alto para que me oyeran y, sorprendidas por la interrupción, las dos se volvieron hacia mí y miraron mi pelo morado, mi ropa y mi rollo oscuro en general con la misma expresión de disgusto.

—¿Qué? —soltó la de las gafas a lo Dahmer.

—Ted Bundy murió —le expliqué lentamente, como si fuera idiota profunda—, hace como treinta años.

Las dos se miraron incómodas y luego la de las gafas de Dahmer dijo:

—¿Y?

—Y, de verdad, ¿qué más cosas crees que pueden haberle pasado a un muerto? —Estaba siendo sarcástica, pero de repente se me ocurrió algo. ¿Y si había habido alguna novedad, un nuevo ángulo en la investigación o información inédita y yo me lo había perdido? En un arrebato de entusiasmo di un paso hacia ella—. Espera, ¿ha pasado algo? ¿Le han relacionado con algún caso abierto?

—Estaba hablando de la película —respondió, retrocediendo un paso.

A su amiga se le iluminó la cara y mi entusiasmo se esfumó de golpe.

— ¡Ah, Zac Efron!

— ¡Exactamente!

Aclarado el asunto, volvieron a darme la espalda y siguieron hablando sobre *Extremadamente cruel, malvado y perverso* en voz mucho más baja. Deseé estar con una amiga, una compañera de fechorías que hiciera el mundo más soportable. Le habría dicho algo en plan «¡Espero que arreglen lo de Zac Efron!» con voz de niña tonta y entonces habríamos contenido la risa burlonamente.

En vez de eso, me puse los auriculares para volver a escuchar el episodio del día anterior. Normalmente, escuchaba todos los episodios por duplicado porque siempre me perdía cosas la primera vez. Las Chicas del Crimen nunca hacían guiones para sus programas, por eso siempre eran tan espontáneos y cada espectáculo en directo era único. Solo emitían un episodio en directo en cada gira, de modo que si no ibas asistiendo a todos era imposible saber qué te habías perdido en los demás. La única manera de estar al tanto de todo, de cada chiste y cada anécdota, de cada historia y de todos los detalles de cada asesinato era ir a tantos bolos como fuera posible. Yo siempre había querido seguir las durante la gira, poder pillarlas en Birmingham o en Mánchester además de en Londres, pero las entradas eran carísimas y yo nunca tenía pasta para reservar más de una actuación de cada vez.

La cola avanzaba lentamente mientras los fans empezaban a entrar en el recinto. Cuando llegué a las puertas le enseñé mi móvil al segurata, un tipo de casi un metro noventa de estatura con la cabeza afeitada que escaneó mi entrada electrónica. Luego una mujer enjuta de cara arrugada, con el pelo teñido de rojo recogido en una cola de caballo, me cacheó. Revisó mi bolso por si intentaba colar en el recinto una botella de *prosecco* o cualquier otra de esas mierdas que los *normies* suelen beber cuando intentan pasárselo bien.

Antes de que pudiera seguir las, las fans de Bundy desaparecieron entre la multitud. Su cháchara vacía era suficiente

para atrofiarme el cerebro, pero me gusta seguir a la gente. La fuerza me arrastraba, como decía el propio Bundy, y caminar tras la sombra de alguien me daba la sensación de tener un propósito. A veces seguía a los clientes por la librería solo para comprobar durante cuánto tiempo era capaz de hacerlo. A veces seguía a desconocidos por la calle, solo para ver qué hacían, adonde se dirigían. Dónde vivían.

Al atravesar el vestíbulo me sentí terriblemente sola. El aire olía a Lush, dulce y empalagoso, y a una mezcla de perfumes y lociones corporales, productos para el pelo y cremas. Por todas partes había grupos de mujeres eufóricas con botellines monodosis de vino rosado y vasos de plástico del bar, que hablaban a gritos y se abrazaban de forma exagerada. Mientras me abría paso sin prisa entre grupitos oía fragmentos de conversaciones. Mencionaban nombres de asesinos en serie como si fueran sus amigos, *influencers* conocidos o estrellas del pop.

—¿Nilsen? Estoy harta de él.

—Este año todo el mundo ha hecho algo con Manson.

—Si el de hoy va de Jack el Destripador juro por Dios que me suicido.

—Nos merecemos uno bueno sobre Gein.

En la tienda, el inmenso despliegue de camisetas había atraído a un enjambre de fans que zumbaban como moscardones sobre una tumba abierta. Me uní a la melé avanzando a codazos y pisotones hasta llegar a primera línea y me marché poco después con dos camisetas de las Chicas del Crimen, una chapa, un juego de postales y una boina. Un buen botín. El material promocional siempre se agotaba antes del comienzo del espectáculo. El total ascendía a más de setenta libras, pero lo consideré un autorregalo de Navidad anticipado y, además, por una vez tenía dinero en efectivo listo para gastar. Avancé entre la multitud en dirección al auditorio y le enseñé mi entrada electrónica a una mujer joven con el pelo rapado por los lados apostada en la puerta, que me indicó que debía dirigirme hacia la parte derecha del patio de butacas. Hice una parada en

el bar para pillar un par de latas de Dark Fruits y después encontré mi asiento, encajado entre dos mujeres que me miraron y acto seguido se dieron la vuelta para seguir hablando con sus amigos. Que les den a esas zorras. Me instalé, abrí la primera lata y bebí un dulce sorbo de sidra de frutos rojos.

Las Chicas del Crimen salieron al escenario un poco antes de las siete y media acogidas por un fragoroso aplauso. Claudia estaba preciosa de terciopelo negro, con sus largos rizos resplandeciendo como el cobre bajo los focos. Agitó ambos brazos sobre la cabeza y las mangas abullonadas del vestido se inflaron sobre sus hombros como las de una viuda victoriana. Sarah iba de rebelde fardando de tatuajes con una camiseta blanca arremangada, pantalones de tartán y Doc Martens desatadas de color negro con las costuras en amarillo. Tomé nota mentalmente para buscar un par de botas iguales en eBay: negras con costuras amarillas, debidamente maltratadas y gastadas. La multitud aullaba y gritaba y el ruido resonaba en todo el viejo teatro mientras las protagonistas sonreían y saludaban, parpadeando bajo las brillantes luces del escenario.

—*¡Rock 'n' roll!* —gritó Sarah con su profundo acento sureño, al tiempo que extendía los índices y los meñiques sacando irónicamente los cuernos—. ¡Qué pasa, Londres!

El público aplaudía, vitoreaba y gritaba. Las Chicas del Crimen se empararon de su amor, atesorándolo durante unos instantes, y después se dispusieron a empezar el espectáculo apoyadas en taburetes altos, una a cada lado de una mesa sobre la que habían colocado sus notas, botellas de agua y cervezas.

Los programas en directo siempre empezaban de la misma manera: una charla desenfadada acerca de su viaje, anécdotas y algunos chistes privados que evidenciaban la naturaleza fraternal de su relación. Una mera nota de color para resumir lo que llevaban de gira, como si sus fans no estuvieran siguiendo ya en internet cada uno de sus pasos.

—Bien, escuchad —dijo Sarah, inclinándose hacia delante y hablando al micro en tono conspiratorio. Hizo una pausa

para darle efecto y después continuó—: ¿Habéis oído hablar del Estrangulador de Stow?

La sala explotó con una salva de aplausos y la súbita emoción del recuerdo me hizo temblar, como una corriente eléctrica que habría resucitado a un muerto. Me incorporé en el asiento y me incliné hacia delante, conteniendo un desesperado impulso de levantar la mano: «¡Yo, sí, yo he oído hablar de él!».

Sarah tomó la iniciativa esta vez. Se equivocó en algunos detalles, pero se lo perdoné teniendo en cuenta que ella era de Nueva Orleans y no comprendía que Londres estaba dividida en municipios, no en barrios o distritos, y que al metro lo llamamos «el subte». También cometió alguna imprecisión al hablar de Walthamstow Village, que al parecer consideraban una villa autónoma fuera de Londres, en lugar de una zona residencial especialmente pintoresca de Walthamstow.

Sin embargo, había entendido bien el meollo de la historia, y eso era lo importante. Contó metódicamente todo lo ocurrido: corría el mes de junio de 2009, el tiempo era caluroso y seco. Al final del verano habían muerto cinco mujeres atacadas por un desconocido, estranguladas con un cordón.

Comentaron superficialmente las vidas de las fallecidas y yo cambié de postura en el asiento varias veces a la espera de la parte buena. Quiénes eran, de dónde venían y cómo acabaron en Walthamstow Village en plena noche no eran detalles realmente importantes; al final, todas se fundían en una sola. Sin embargo, volví a prestar atención mientras las chicas detallaban cada muerte de forma meticulosa: uñas rotas, cardenales, indicios de lucha.

La primera fue encontrada por un tipo madrugador que paseaba a su perro por el cementerio de Saint Mary. Estaba tendida sobre una de las antiguas y agrietadas lápidas, como si estuviera dormida. La segunda fue encontrada por unos jueguistas que volvían tarde a casa, tirada en el césped frente a la Ancient House, un edificio con estructura de madera construido en el siglo XV. La tercera estaba despatarrada en el sen-

dero de la iglesia que serpentea tras Vestry House, y después otra más apareció también en el cementerio, esta vez apoyada contra la fachada de la iglesia.

—¿Podemos hacer una pausa para comentar lo geniales que son los nombres de todos esos lugares? —dijo Claudia, entusiasmada con lo absurdo que era todo.

—Es verdad, como Vinegar Alley —dijo Sarah—. Parece que sigamos en los tiempos de la peste.

Yo empecé a recordarlo todo. Las calles silenciosas y el repiqueteo de tacones altos sobre la piedra, el aire cargado con la amenaza de una tormenta veraniega mientras la noche caía sobre el horizonte. Aquel verano crecimos muy deprisa. Con catorce años yo estaba aprendiendo a moverme en el mundo como una mujer, a examinar las sombras, a mirar por encima del hombro, a escanear las calles en busca de desconocidos que podían estar acechando entre los coches aparcados o escondidos entre los arbustos.

—Eran mujeres vulnerables, ¿verdad? —dijo Sarah con fría autoridad—. Mujeres que habían sido abandonadas por la sociedad y por el Estado, y que después fueron abandonadas por los polis, a los que no les importaban lo suficiente como para investigar sus muertes debidamente. Fueron abandonadas por todas y cada una de las instituciones que tendrían que haber velado por ellas.

—Pero todo cambió —dijo Claudia, con la mirada resplandeciente— cuando el estrangulador de Stow atacó a Karina Cordovan.

Karina Cordovan, la última víctima del estrangulador de Stow, fue descubierta en Vinegar Alley con el cordón aún enrollado en la garganta. Karina Cordovan no era indigente, alcohólica, drogadicta ni trabajadora sexual. Era una mujer de negocios local, un miembro activo de la comunidad, una madre que había salido a correr caída la noche. La muerte de Karina Cordovan supuso el final de los crímenes y el comienzo de la investigación.

—Parece que de repente todo el mundo se dio cuenta de que quizá debían intentar atrapar a ese cabrón antes de que asesinara a alguien más —dijo Sarah.

Presentó una teoría explicando por qué la investigación había ido por el mal camino. Los arranques y frenazos de las pesquisas, la falta de interés, la ineptitud de la policía y el escándalo por los fallos del circuito de videovigilancia, la confusión sobre si la misma persona estaba o no detrás de los cinco asesinatos. Claudia asumió el papel de abogada del diablo buscando fallos en la argumentación de Sarah. Fue un debate desenfadado, una exploración de lo sucedido desde todos los ángulos, aunque la conclusión ya se conocía. Sabíamos que el responsable de los crímenes fue Lee Frost,¹ sabíamos que era un agente de policía, sabíamos que había sido condenado a cadena perpetua por el asesinato de Karina Cordovan y los de otras tres de las cuatro víctimas y que se estaba pudriendo entre rejas en la prisión de Frankland. Al llegar a este punto, algunas chicas aplaudieron y vitorearon como si acabaran de oír la historia por primera vez; una flagrante muestra de ignorancia que me hizo sentir vergüenza ajena. Cualquier fan respetable de los crímenes reales conocería esa historia.

—Para mí, todo se resume a esto —dijo Sarah con su tono de conclusión, lento, reflexivo y a la vez contundente. ¿Ya había pasado una hora? Dejó su cerveza vacía sobre la mesa y se levantó para dirigirse al público—: En 2009 una mujer perdió la vida y los polis no hicieron una mierda para encontrar al responsable porque no creían que ella fuera importante. Y por no pillar antes al puto gilipollas, otra mujer perdió la vida y después una tercera, luego una cuarta y finalmente una quinta mujer. Cuatro mujeres más perdieron la vida, cuatro familias más quedaron destrozadas.

Se oyeron abucheos y silbidos entre el público indignado.

¹ Literalmente, «escarcha, helada». (*Todas las notas son del traductor*).

— Ese puto gilipollas tiene hijos — continuó Sarah, con los ojos perfilados de negro brillantes, amenazando con unas lágrimas que no terminaban de fluir porque, a pesar de que era mujer apasionada, sus convicciones eran más fuertes que su tristeza—. Aún puede verlos crecer, recibe regalos de cumpleaños y de Navidad, y puede que un día incluso esté libre de nuevo para volver a matar.

Un estremecimiento de placer recorrió todo mi cuerpo y me incliné hacia delante en el asiento, lista para pronunciar en silencio las últimas palabras de cada programa.

— Pero escucha, pedazo de mierda, puto gilipollas — dijo, repitiendo ahora una variación del mantra con que cerraba cada episodio—, mientras sigamos vivas y respirando nunca dejaremos de hablar de lo que hiciste. Nunca serás libre y nunca olvidaremos, y... — entonces Sarah levantó una mano sobre la cabeza haciendo el signo de los cuernos una vez más y todas respiramos profundamente al mismo tiempo para gritar al unísono las cinco últimas palabras—: ¡te veremos en el infierno!

Los aplausos atronaron por todo el teatro como una auténtica tormenta, las palmas retumbando, los pies aporreando el suelo como una estampida. Mujeres vitoreando, mujeres silbando, mujeres gritando, y yo estaba ahí con ellas, vitoreando, silbando y gritando como una más de la multitud, todas unidas por el momento.

— ¡Somos las Chicas del Crimen! — gritó Claudia al micro, su voz resonando como una campana a través del estruendo—. ¡Y vosotras habéis estado increíbles! ¡Te queremos, Londres, gracias y buenas noches!

El estrépito de los aplausos siguió aumentando, y entonces un grupo de chicas en la parte delantera se levantó de un salto y yo me uní a su ovación de pie, aplaudiendo hasta que me dolieron las palmas de las manos y pateando el suelo hasta que sentí que el auditorio entero se derrumbaría bajo el peso de nuestro amor, nuestra pasión y nuestra sed de justicia.